

ANDREA IZQUIERDO

HELEN PARKER



La escritora de dragones



CROSS
BOOKS

ANDREA IZQUIERDO
HELEN PARKER



La escritora de dragones

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto, Andrea Izquierdo
© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-08-23938-3
Depósito legal: B. 2.443-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



El chico de las ojeras y los tatuajes

Mortimer cerró los ojos en cuanto la aguja rozó su piel. Siempre le había gustado esa sensación que le embargaba cada vez que se tatuaba. Esa especie de cosquilleo, mezclado con el dolor inesperado, disparaba su adrenalina. Y cuando Alison raspaba para poner el color... Le encantaba. Era como si se hubiera vuelto adicto.

Cada vez que le hacía daño y se sobreponía, sentía que su cuerpo se hacía más fuerte. Más resistente a la aguja. Con cada tatuaje que añadía a su colección, en su mente se volvía un poco más invencible. Le daba igual el dibujo que surcara su piel con tal de que le hiciera sentir algo. Aunque le arrancase algunas lágrimas sin su consentimiento. Pero en aquella ocasión el diseño era especial y merecía cualquier tortura. Mortimer había encargado algo muy concreto: dos rayos que se cruzaban entre ellos, creando una equis irregular. Uno por cada Rayo Lunar que le había alcanzado durante los últimos años.

Quería que aquello quedara grabado en su piel para siempre, como si tuviese miedo de olvidarlo. De hecho, por eso se había cubierto el cuerpo con todo tipo de símbolos, palabras y frases: porque no quería olvidar de dónde venía y por qué estaba donde estaba.

Mortimer no había tenido que aprender a convertirse en mago, porque lo había sido desde niño. Por eso, por mucho que lo intentara, no lograba recordar con exactitud el momento en el que aquella luz cegadora lo había alcanzado. Era muy pequeño cuando un rayo provocado por la Piedra Lunar cayó sobre él. Muchas veces se había esforzado por crear esa imagen en su mente, como si recordase haber estado ahí, pero no lo conseguía. Era incapaz de recordar cómo había sucedido todo. Por eso había terminado inventándose una historia basada en lo que su padre le había contado.

Y la que más le gustaba era la del jardín.

Cuando todavía era un crío, Mortimer, en una mañana de tormenta, salió a su jardín para observar cómo el agua llenaba una taza que se había quedado olvidada sobre la mesa. Le encantaba chapotear con aquellas botas que casi nunca podía utilizar, porque no solía llover mucho. Aun así, el niño se ponía el chubasquero cada vez que llovía, con la capucha bajada hasta las cejas, y disfrutaba de aquel ritual como si fuera solo para él.

Sin embargo, cuando ocurrió, el rayo le impactó con tanta fuerza que tuvieron que hospitalizarlo durante varios días. Su padre no necesitó demasiado tiempo para comprender lo que había sucedido. Lo supo desde el primer momento en que vio la expresión de su hijo. Algo cambió en Mortimer en cuanto el rayo le alcanzó, y no podía sentirse más orgulloso.

Cuando el niño nació, su padre se sintió decepcionado. Que la madre y el padre fueran magos no garantizaba que su hijo también tuviera poderes, pero él tenía fe en que Mortimer demostrase habilidades especiales desde bebé. No obstante, pasó un tiempo sin que el niño diera señales. Por eso, el padre interpretó el impacto del Rayo Lunar en su hijo como una señal del destino, un regalo a cambio de todo lo

que había hecho por la comunidad mágica. Algo que se merecía y que le cambiaría la vida.

Mortimer era tan pequeño cuando sucedió todo que no necesitó ninguna explicación. Ni siquiera se sorprendió cuando empezó a hacer sus primeros trucos: cambiar el color de los pétalos de una margarita o hacerle crecer una quinta rueda a su coche de carreras favorito.

Su padre alababa cada una de sus invenciones como si se tratase de la primera, y, a pesar de que su madre los dejó cuando era pequeño, a Mortimer no le faltó de nada. Con su padre tenía toda la atención necesaria. Aunque también tuvo que adaptarse a su severidad cuando las cosas no salían como él quería o cuando empezó a usar su magia para fines que no le gustaban, como regalar rosas azules a los vecinos o pintar las uñas del perro que vagaba por su barrio.

El padre de Mortimer intentaba explicarle que quienes vivían frente a su casa, por muy simpáticos que fueran con él, tenían una mentalidad muy diferente a la suya. Mientras que Mortimer padre prefería una vida tranquila en Niágara, formando una comunidad exclusiva para magos donde no entrase nadie más, otras voces demandaban cada vez más que se mezclaran con la gente de a pie, sin poderes, para poderles ayudar en lo que necesitaran. Regalar magia a aquellos que no la conocían. Eso enfadaba enormemente a su padre, quien no lograba entender cómo sus compañeros eran capaces de querer tener la misma vida mediocre que los neoyorkinos esclavizados por un trabajo de doce horas diarias, comiendo sándwiches fríos en cualquier esquina y todo el día pegados al teléfono. Mezclarse con ellos no era otra cosa que igualarse a aquellas personas, y Mortimer padre no quería sentirse un mediocre.

Afortunadamente para él, no era el único que pensaba así. Muchos le apoyaban cuando hablaba de crear una comu-

nidad solo para las personas con poderes mágicos, donde pudieran vivir por su cuenta sin rendir cuentas ante nadie.

Con el paso del tiempo, el niño creció bajo el paraguas de las ideas de su padre. Pero cuando realmente calaron en él fue cuando lo vio morir en plena Batalla de Niágara. Mortimer se acordaba perfectamente de aquel episodio, como si se hubiera grabado en su memoria igual que un tatuaje en su cuerpo. Y tras haber mirado a la muerte a los ojos, supo que no cabría misericordia alguna cuando tuviera que reclamar venganza por la pérdida de su padre.

Desde entonces, para Mortimer se había vuelto una prioridad ser más fuerte, ser temido. Porque, como bien sabía, aquello lo hacía más poderoso. Buscaba el Omníos, el control de todas las fuerzas. Solo eso le daría el poder absoluto sobre la comunidad mágica. Y sobre el mundo entero.

Años más tarde, el segundo Rayo Lunar le cayó en mitad de la ciudad de Nueva York. Lo que pasó a continuación fue muy borroso. Una sensación de mareo que le resultaba familiar invadió su cuerpo durante los siguientes días. No salió de casa, tampoco se lo contó a nadie. Tuvo náuseas y pasó tres días sin probar bocado, ya que vomitaba todo lo que intentaba comer. Incapaz de ponerse en pie, se impuso un reposo absoluto. Sin embargo, a pesar de que sus ojeras se marcaban más que nunca y tenía una cara de demacración, hacía tiempo que no se sentía tan feliz. Ahora que por fin había logrado arrebatarse la Piedra Lunar a La Guardia, tras matar al dragón dorado, se sentía invencible: Mortimer se había convertido en la primera persona a la que un Rayo Lunar golpeaba en dos ocasiones diferentes.

No dejaba de pensar en su padre. Le habría encantado contarle todo lo que había conseguido. Había acabado con el dragón dorado, la criatura que, según la leyenda, custodiaba el objeto más preciado de la comunidad mágica de Nueva

York: la Piedra Lunar. Cuando la piedra estaba cerca, las posibilidades de que cayera un Rayo Lunar aumentaban. Y quien fuera tocado por ese rayo se convertía en mago.

Ahora él tenía la piedra y podía controlar a la comunidad a su antojo. Había conseguido lo que nadie había logrado hasta entonces. Estaba contento, aunque también furioso. Si La Guardia no hubiese acabado con la vida de su padre, si no se hubiera producido la Batalla de Niágara en 1998, que había fracturado en dos la comunidad mágica, todo habría sido muy distinto.

Empezaba una nueva era para él. Ya nadie podría vencerlo, porque se había convertido en el mago más poderoso de todos. Y tampoco tendría que estar a merced de los planes de La Guardia de dejar la Piedra Lunar en Manhattan. Ahora que la tenía él, se la podía llevar a donde quisiera.

Años atrás, La Guardia decidió dejarla en la ciudad para que nadie se alejara demasiado y perdiese sus poderes. No obstante, las intenciones de Mortimer eran precisamente esas: si se marchaba lejos, donde nadie pudiera seguirle, y se llevaba la piedra con él, toda la comunidad mágica perdería sus poderes, a excepción de aquellos que le fueran fieles y le acompañasen. Él quería que eso pasara cuanto antes; no obstante, después de tantos años, unos meses más no le importaban con tal de vengar la muerte de su padre.

Se imaginó a la comunidad con la que siempre había soñado, un lugar donde él controlaba quién entraba y salía, y donde La Guardia no se entrometía en sus planes. Un sitio donde educar bien a los nuevos magos que la piedra creara. Una tranquilidad que solo podría conseguir si acababa, uno a uno, con cada miembro de La Guardia que se negara a unirse a él.

Se sentía demasiado bueno por haber pensado, al menos en una ocasión, en perdonar a aquellos que se arrepintiesen.

Desde el episodio del Museo de Historia Natural, La Lucha había perdido a varios adeptos, por lo que no le vendría mal más gente. Sin embargo, decidió desechar la idea porque no le apetecía dar segundas oportunidades a quien no le hubiera mostrado lealtad desde el principio. En El Remanso, como él llamaba en su mente a la comunidad que quería formar, solo entrarían aquellos que compartiesen sus valores: exclusividad, obediencia y pureza.

Así, nadie pasaría por lo mismo que él: una infancia arrebatada a un huérfano inocente.

Se le pasó por la cabeza que todos tuvieran que hacerse el mismo tatuaje que él para formar parte de El Remanso en el mismo instante en que el sonido de la máquina de tatuar cesó. Los pensamientos de Mortimer desaparecieron en el aire como si fueran una fina niebla y regresó al presente.

—Ya está terminado —le avisó Alisson—. Voy a terminar de limpiar esto y ahora se lo enseño, señor.

Mortimer no contestó. Se recolocó en su asiento, esperando a que la mujer regresara. Sentía que la piel le palpitaba, atravesada por la tinta. Sus ojos viajaron hacia un tatuaje antiguo, el más importante de todos los que se había hecho:

«No hay nada más poderoso que ser temido».

Las últimas palabras de su padre. El recordatorio en vida de que tenía que seguir adelante, luchando por un legado por el que él y muchos de sus compañeros habían dado su vida: la libertad.

«Ya estoy muy cerca, padre. Ya estoy muy cerca», repitió, como si este pudiera oírle.

Alisson regresó a la habitación para terminar de limpiarle la zona tatuada y aplicarle una crema blanca. Después, la retiró, dejando al descubierto las líneas perfectamente marcadas en su piel. Mortimer esbozó una mueca parecida a una sonrisa. Su pequeño secreto iba a ser la clave para terminar con La Guardia de una vez por todas.